

EMILIO ORIBE

OBRAS DE EMILIO ORIBE

POESIA

- EL NARDO DEL ANFORA - 1915.
EL CASTILLO INTERIOR - 1917.
EL HALCONERO ASTRAL Y OTROS CANTOS - 1919.
EL NUNCA USADO MAR - 1922.
LA COLINA DEL PAJARO ROJO - 1925.
LA TRANSFIGURACION DE LO CORPOREO - 1930.
EL CANTO DEL CUADRANTE - 1938.
LA LAMPARA QUE ANDA - 1944.
LA ESFERA DEL CANTO - 1948.

POESIA (SELECCION) - 1944.

PROSA

- POETICA Y PLASTICA - 1930.
TEORIA DEL NOUS - 1934.
EL MITO Y EL LOGOS - 1945.
LOS DIOS PARTICULARES - 1948.

LA ESFERA
DEL CANTO

POESIAS



EDITORIAL INDEPENDENCIA

1948

MONTEVIDEO

LAS LIRAS DE LA LAMPARA

A Gabriela Mistral

La noche es rito o drama
y hay un fulgor oculto en cada hoja.
Sólo una luz me llama;
del pensar me despoja,
con su distante ciudadela roja.

Es la lámpara viva,
la que el andar del solitario alumbra,
la plenitud cautiva,
la que adorna y deslumbra,
desde un jardín de universal penumbra.

¿La lámpara quieta,
la lámpara que eleva al platonismo
la embriaguez del poeta?
No. Lengua es de abismo
que arde en lo remoto de uno mismo.

La lámpara del coro,
la lámpara de espejos que me entrega
su tiniebla hecha oro,
y un estupor que ruega
me trae con luz sin fin su antorcha ciega.

DONACION

del autor

11342

La lámpara sin velo,
la gran ave de púrpura que ampara
la beatitud del cielo
en la aurora, y depara
pluma de luz más que los astros clara.

La lámpara infinita
que es unidad. El ascua milenaria
cuya forma ví escrita
para siempre, en la varia
materia de los astros, estatuaria.

La lámpara del canto,
la lámpara del ojo del salmista,
cuyo óleo es el llanto,
la lámpara imprevista
que se enciende y se extingue en el artista.

Yo esa lámpara aspiro
más que todas. La lumbre que me manda
su cárcel de zafiro.
La lámpara que anda
y que un amor sin pausas me demanda.

La lámpara errabunda,
la lámpara que anda entre la muerte,
la etérea, la profunda,
la abeja fina y fuerte
que en miel que abrasa el orbe se convierte.

La gran hacha nocturna,
que siempre que uno marcha va adelante
La alondra taciturna,
la urna del instante,
la lámpara que labro en lo pensante.

La lámpara que crece,
la que el tiempo jamás inmoviliza,
la que en siglos florece,
la que no da ceniza;
si la oculto en mi pecho me eterniza!

La lámpara que anda,
la lámpara infinita que no pesa
¿La luz que un Dios me manda?
¿La luz con que El me besa?
Ya no adoro más lámpara que esa !

VOLVER AL ARQUETIPO

A Orfila Bardsio

Sólo tú, Poeta,
podrás volver al lago,
coger un cisne,
abrirle el pecho,
 introducirte en él,
y convertirte en cisne.

Podrás volver al parque
coger un rosal,
abrirle un pétalo,
 introducirte en él,
y en rosal convertirte.

Podrás volver al mar,
coger un pez con alas,
abrirle las entrañas,
 introducirte en ellas,
y convertirte en pez con alas.

Podrás volver al fuego,
coger la más ligera llama,
abrirla con los dedos,
 introducirte en ella,
y en llama convertirte.

Podrás volver al Ande,
coger un cristal de roca,
abrirle la luz pura,
 introducirte en ella,
y convertirte en un cristal de roca.

Si todo eso te es posible,
podrás, oh Poeta,
remontar la Existencia,
volver a los principios,
acercarte a las eternas lumbres,
volver al Arquetipo
que alguna vez fué el tuyo,
abrirle el cuerpo al Ser,
 introducirte en él,
y hacerte uno al fin con la Belleza.

POEMA DEL REINO

¿Quiéres cambiar tu reino por un pájaro?

Hay pájaros que valen más que un reino.
Yo sé de un ruiseñor: cantó más de mil años.
Y una alondra llevó hasta las torres
del alba y de la noche,
del amor y el morir,
a miles de hombres.

Hunde en tu corazón el canto de ese pájaro,
sólo una noche. Serás eterno.

Serás el amo
de un sueño interminable, con mil formas,
si es que apagas la sed de otro pájaro
en tu sangre, un sólo instante.

Gloria tendrás, más que la rosa
de la Vida,
y más que el bronce de la muerte
invencible has de ser.

¿Quiéres cambiar tu reino por un pájaro?

¿Por qué dudas?

Todo reino en la tierra es ira y odio.

Lo sé bien.

Terror, zozobra, son huéspedes constantes
del señor y del reino.
En el palacio del monarca está la envidia
y en los campos la peste,
y el sufrimiento en su noche
y en la de sus vasallos.

Un reino sostenido por esclavos,
y ocultos, despóticos fantasmas,
será el tuyo.

Hay seres que te buscan para herirte
en los bosques. Y hay bufones
que te roban el vino. Y la traición te sigue,
y hay enemigos en las fronteras,
siempre!

No es seguro
que un reino sea dicha del monarca,
ni de sus hijos, cuando hay trigo y oro.
Y es la tortura inenarrable en la miseria.

Un reino es un gran campo de batalla
hoy o mañana.
Dura menos que el humo de la hoguera
en la choza del mísero.

¡Y hay pájaros que valen más que un reino!
Sólo una vez visitan a los hombres.
¿Quiéres hacer el cambio, ahora?
Después, será imposible.

Hay pájaros así.

Por el canto en la luz,
por la pluma en el arcoiris,
por la dicha infinita que transmiten
sólo con existir...

Hay pájaros
que viven más que nunca, si los ciegas
y los guardas en el corazón.
Y si en el pensamiento los albergas,
hay otros que te salvan del grave enigma
del tiempo.

Los más frágiles...
¿Sabes que podrán llevarte hasta una isla,
más allá de toda aurora,
y te darán sus lámparas de inmortal alegría?

Salvarán tu destino con los reinos
que nunca mueren,
al rendirte las claves de sus juegos
en la Belleza eterna.

Si quieres cambiar tu reino por un pájaro
has de elegir, ahora.
¿Por qué dudas,
si hay pájaros que valen más que un reino?

¿CUAL ES?

¿La responsable de la luz más viva,
la que la arranca al Tiempo
y a la Muerte,
la hace nacer de todo lo que existe
en el caos y los cielos,
y la transporta y la alimenta siempre
con la substancia propia,
y hoy te eligió, y te enciende y te hace hoguera?

¿La guardadora de la luz más viva,
la que apresó la luz y sin rozarla
defiéndela, sostiénela en lo alto,
la que la halló en el mar y sin mojarla,
transportala en la lluvia y en el rayo,
como la luz perfecta,
y hoy te la entrega de rodillas y huye?

¿La inspiradora de la luz más viva,
la errante, la no vista al ser la luz,
la que agoniza en cada instante tuyo,
de su fragilidad hace tu síntesis,
de su fugacidad hace tu tiempo,
de su morir hará tu forma eterna?
¿La que viene en tu sangre
y de allí se levanta en más espíritu?



¿La que siempre se va, pero te enciende?
Y hoy nace y reina en tí , porque es tu esencia?
La que ilumina,
 hasta morir,
 tu cántico?
¿Quién es?
¿Cuál es?

LA ESFERA DEL CANTO

NOTICIA

Esta alegoría intenta describir las aproximaciones del hombre a las distintas formas de manifestarse la Belleza Inteligible. ¿En figuras cada vez más irreales o en reparos corpóreos o fingidos? No se sabrá nunca. Pero todos los pretextos del poeta tienden siempre a deiticarse por voluntad del impulso que alienta en la dinámica de las peripecias intermedias, las metáforas y los ritmos.

El gran acto de aproximarse a los grados posibles de lo bello puro, significa una creación de insaciables ídolos en uno mismo. La alegoría, es más que un ídolo entre las invenciones; es una metafísica de la imagen poética. Tal vez por ese motivo la propongo.

1948.

LA ESFERA DEL CANTO

I

Está la esfera
en su existir
suspensa.

Un casto fuego colma su clausura.
La esfera del pensar
de la criatura,
mueve la nave
de la noche inmensa.

Tal es la esfera ardiente,
que condensa el enigma del tiempo,
y la ley pura del amor,
la alta esfera de hermosura
donde se abisma la razón
y piensa.

Pero en tu ser ¿qué esfera
hay que me exalta,
tanto al morir como a la luz más alta?
En tí la esfera
del amor retorna.

En tí la esfera

del amor y el llanto.
En tu pupila
que el misterio adorna,
la esfera está donde la alondra es canto.

II

Busqué a mi lado
su mirar
de bruma
y hallé el morir que en las estatuas mora.
Busqué en su rostro
el vado de la aurora,
y en él abrióse
el vuelo de la espuma.

Busqué en su noche el astro
que te abruma,
Ví el esplendor del cambio
que decora tu ser,
el simulacro de la hora,
que en tu carne se aprieta
y la perfuma.

Busqué el ídolo allí, de la belleza.
Ví evadirse en olvido
su semblante.
Ví en su imperio
evadirse la pureza.

Busqué en tus ojos

el cristal constante
que nunca engaña
Y ví que tu firmeza
de arena fué ante el viento del instante!

III

Te soñé,
al pie de un astro,
en los instantes
en que el ocaso
era un manuscrito
que iba a llenarse de oro.
En lo allí escrito,
¡mis manzanas de fuego,
amenazantes!

Más allá,
vi las fórmulas constantes
de tu cuerpo.
La atmósfera del rito volvió en tí.
Yo alcancé a oír el grito de las aves
que hirieron
los atlantes.

Medité. El don eterno
puede darse tan nítido
otra vez?
Fué a expresarse
en tu gesto, en tus ojos, en tus voces.

Ah! Grises cumbres y aves
te raptaban.
Sólo una vez, en sueños, vuelven dioses
a ser lo que eran,
En tu rostro estaban.

IV

Alegoría,
mito o nube,
aliento
libre,
sobre la luz,
uniendo en muros
ondulantes del canto,
los conjuros nevados
del dolor y el pensamiento.

Dame la luz
cantable de tu acento.
Repite sin cesar tus cantos puros
Ave de las preguntas
y futuros,
dichosa de cantar
sólo un momento

¿En qué astro feliz
volveré a oírte?
¿O a qué cumbre de nieve
sueñas irte
rogando hallar espejo en la luz fría?

¿Incendiarás tu antorcha
en la impureza?
¿Buscas morir? No. ¡Es ley de tu belleza
encontrar

cuerpo eterno
en mi poesía!

V

¿Por qué al mirarla yo
el morir presiento?
¿La ley de amor
no está en su esfera acaso?
¿Qué muerte,
sin cesar fluye
del vaso de la Belleza?
¿Qué esplendor violento

me cambia lo durable
en el momento?

¿Si ella inicia luz,
y es luz su ocaso,
por qué con su mirar
le abre el paso a las tinieblas
de mi pensamiento?

No obstante,
si ella mira, está la hoguera.
Está la imagen
con su astral resumen.
Con ella alumbra
claves de la esfera.

Pero nunca en la noche
y su volumen,
veréis sus ojos
cuando ella os quiera.
Si, en los cantos que en sombras
se consumen.

VI

Volví a la Alegoría.
Vi la esfera
del canto. La vi plena en las honduras
de otro ser.

La ví luego
en las alturas del tiempo,
y en la estatua,
entre la hoguera.

La vi de ella ascender.
Su luz ligera
modelando
lucientes estructuras
de lo posible.
En unidades puras
volcarse en mi
la creación entera.

La soñé. No fui hundido
en mi elemento.

La muerte
quiso unirme entre su acento

e imponerme la sombra
negativa

del ser. Mas Ella
abrió en su pureza,
lo inmutable.

Me hallé con la Belleza.
En la esfera del canto muerte viva.

VII

Fuí quien te buscó allá,
junto a la esfera
del canto.
Y te vió arder en la agonía
de la idea.
Platónica armonía
fué a ahogar tu forma verdadera.

Después,
te ví de pronto, en la pradera
de los orbes sin dioses.

La jauría
de sombra, al ocultarte
entre la umbría,
te arrebatava de la luz primera.

Quise abolirte el tiempo
y lo consciente.
Miré en el vuelo de la esfera ardiente,
última vez,
tu perfección creada.

Yo fui la Alegoría,
Un ser inmerso
en la gran claridad
de lo diverso.
¿Morir? ¡No; alzar dioses de su Nada!

VIII

Si puedo ver la llama
en el instante
en que se inicia
con trémula ola oscura,
cuando la gris materia
transfigura su sombra
y se hace esencia deslumbrante.

Si puedo ver la espuma
en la incesante ola,
surgir de pronto en su blancura.
O hasta el canto
fui a oír,
cuando inaugura su fiesta
en lo carnal o en lo distante...

Si vi la mano
que entreabre el velo
y de la piedra
miro alzar el vuelo
de estatua enorme
a infinitud creadora,

¿por qué alzar nuevo enigma
en lo consciente? ¿Por qué si un astro adoro,
o abismo,
o frente,
arde el ídolo en mí que me devora?

IX

Yo en la luz.
La Belleza, en lenta huída
vela su asombro:
siempre el huir la encumbra.
¿Brilla su rostro, su verdad deslumbra?
¿No es ya el orgullo
de una luz fingida?

El Idolo está allí,
en la medida
de un vago azar difícil.
La penumbra
en su exterior un orden rinde:
alumbra,
como un trémulo vino,
en toda vida.

Lo puro de aquel rostro
es el convite
de lo eterno.
Su abismo me trasmite
lo que en la inmensidad la luz sepulta.

El Idolo está allí.
Mi frente puebla
con su esplendor.
¿Lo adoro?
La tiniebla,
como una falsa diosa
me lo oculta!

LA CREACION EXPLICADA

Todas las llanuras del mundo
han sido sembradas para producir una espiga.
La espiga en que te canto.

Todos los jardines del universo
han sido creados para formar una rosa.
La rosa en que te canto

Todas las tormentas del océano
se han producido para formar un copo de espuma.
La espuma en que te canto.

Todas las tinieblas del orbe
han sido hechas sólo para perdurar en una idea.
La idea en que te canto.

El primer acto creador de las cosas,
fué impulsado por una ola de armonías eternas
para producir un sólo canto.
El canto en que te canto.

LO DIVINO ES DE TIERRA

¿Te disgusta, si te digo
que desde hace algún tiempo,
te considero toda hecha de tierra?

¿De tierra común,
como la que has pisado alguna tarde
bajo los manzanos en flor?

Tu cabellera desnuda rizos de tierra
bien removida, como la de los surcos
después de las lluvias,
tu palidez es de tierra
en donde tiene su casa el fuego,
tus brazos son de tierra
como la que se interpone en las venas de un río,
tus ojos son color también de tierra,
tus sienes son dos lámparas de tierra,
y tus labios tendrán el gusto de las manzanas
cuando caen al suelo
y uno las muerde junto con restos de tierra.

Tu cuerpo
es un puñado tan precioso como frágil,
de tierra,
de tierra.

Me da miedo tocarte
para que no se deshaga tu hechizo,
pues saliste de la orilla del Génesis,
y a ella volverás,

y aunque el fuego y el tiempo
juntos te siguen modelando,
siempre parece que vas a deshacerte
bajo mis ojos que tanto te admiran.

¿Te disgusto si te digo
que tu belleza

es una tierra así?

Oyeme: en mis viajes ví ésto:
en cierta comarca

extraña, remota,

asistí a una muy emocionante ceremonia.

Unos extranjeros

que en la miseria del destierro vivían,
rindieron homenaje a un jefe
que acababa de morir.

Sobre un túmulo

colocaron colgaduras doradas y negras
y entre flores, inciensos y lámparas,
la nimiedad de una urna de cristal
con un poco de tierra.

Era una tierra rojiza y dura,
tanto como reseca y ardiente,
de la patria lejana.

Nada más que un puñado de tierra.

Pero ante él rezaron, juraron, lloraron los hombres.
Comprendí lo sacro inmanente de aquel despojo terrestre.

Ví como la tierra podría ser alma.

Nunca había pensado en ello.

Al irme, recordé a un alfarero

que en otro país

me mostró pedazos de gredas que darían
ánforas,

copas,

platos preciosos.

Así me lo hizo creer

y lo confirmé después

al pisar las alfombras de los príncipes.

También en un poema de oriente

se menciona cierto vaso

hecho con el polvo de los huesos

de un filósofo

y cómo después el vaso serviría

para contener loco vino.

¿Hay algo más despreciable

y al mismo tiempo más valioso

que un puñado de tierra?

No hay jerarquía menos sagrada

y más insigne a la vez.

Puede nada ser

y expresarlo todo

al mismo tiempo.

Un puñado de tierra

es este cuerpo que te habla y mira.
Es una miseria y una sonrisa del cosmos,
una armonía que muere sin cesar,
los restos de una divinidad,
las insinuaciones del Ser puro,
con sus noches eternas
y las creaciones defendibles...

Al escurrirse de nuestras manos
la tierra que somos
y la que cogimos en los surcos,
pueden disiparse con el viento.
Si las tomara el Demiurgo,
el artífice,
el fuego, el agua, el destino,
¿qué no se podría expresar con ellas?

Te repito que desde hace algún tiempo
me complace el verte toda hecha de la más
adorable tierra...

Pero de tierra común,
como la que ví en la urna de cristal
en el destierro,
o la que uno desmenuza con los dedos
al pie de los manzanos en la estación de las frutas.

EL QUE NO OLVIDA

—¿Recuerdas?
Tus imágenes, tus estrellas,
las que llevaba tu soñar eterno,
ayer y siempre, éstas son...
—Casi ni me acuerdo.

—¿Recuerdas?
—Tus tinieblas, tus lámparas...
Lo que en tí fuê guirnalda,
fulgor, asombro,
cántico,
ayer y siempre, éstas son.
—Es posible. No recuerdo.

—¿Recuerdas?
Tu candor, tu morir
Lo que en tí fuê el amor, las claves de tus sueños,
ayer y siempre, éstas son.
—No recuerdo.

Rosal del mundo, universal belleza
Torres, lucientes reinos, lo invisible en tu alma,
lo pensado, lo hecho...
Todo lo que olvidaste,
de ayer y siempre,
yo lo recuerdo!

EL POEMA DEL IDOLO

I

Has de saber que en lo más remoto
de la noche,
 libres de lugar y tiempo,
hay dos estrellas
 que nadie conoce
 y viven juntas...
Como figuras vasallas
 del ídolo eterno,
de rodillas,
bebiéndose mutuamente la propia
 luz perfecta
 de la una en la otra,
adorándose están

¿Quiéres verlas?
Jamás has de lograrlo,
Sólo yo podría guiarte hasta allí.
Cúbreme bien los ojos con tus manos.
No me digas ni una palabra.
Déjate llevar en silencio por mí.

II

Has de saber que en lo más oscuro
de una selva,
 libres de toda muerte,
hay dos árboles que nadie conoce
 y viven juntos
como las figuras
vasallas del ídolo.
¿Quiéres verlos?
Jamás has de lograrlo.
Sólo yo podría llevarte hasta allí.
Cúbreme bien los ojos con tu cabellera.
No me digas ni una palabra.
Déjate guiar en silencio por mí.

III

Has de saber que en lo más lejano
del océano,
 libres de toda tormenta y muerte,
hay dos grandes olas que viven unidas
como las figuras vasallas del ídolo de siempre.
¿Quiéres verlas?
Jamás has de lograrlo.
Sólo yo puedo llevarte hasta allí.
Ciérrame bien los ojos con tus brazos.
Ponte a caminar conmigo
 sobre las aguas.
No me digas nada.
Déjate conducir en silencio por mí.

Has de saber que, a modo de razón
 y más allá de todo eso,
 en un jardín sustraído a la muerte,
 libres de toda sombra y de pecado,
 se encuentran juntos,
 desde el origen del tiempo,
 tu cuerpo y el mío.

Y tu cuerpo y el mío,
 como figuras vasallas del ídolo eterno
 de rodillas están ante el abismo
 bebiéndose mutuamente
 el enigma del propio existir del uno en el otro

¿Quieres verlos?
 Jamás has de lograrlo.
 Sólo yo puedo llevarte hasta allí.
 Ciégame bien los ojos con los labios
 y ponte a caminar a mi lado.
 Cántame después algo de lo que sueñes.
 Y déjate llevar
 eternamente así
 por mí.

EL RETORNO DE LA OLA

Vuelvo en el retorno de una ola
 inasible,
 en la ilimitación de mis sentidos,
 en los venablos de mi estatua más sola,
 en lo tangible
 de este instante,
 y en sus perdidos
 milagros.

En lo eterno y distante,
 en el contorno de aquella nube oscura
 que me envuelve,

vuelvo!

En el velamen de la sombra pura,
 a lucir el rosal,

corpóreo de los dioses
 perfectos, vuelvo!

Los cuerpos de los dioses y los jóvenes
 son un fuego marmóreo.

En el retorno de una ola
 vuelvo a mi aureola de antes;

me disuelvo

en el retornar

de mis ojos

más inconstantes

que el mirar
del mar.

¿Por qué este impulso terrible
por remontar
lo irreversible?

Ya se que ésto,
 si bien presume de profundo,
más bien es simple:
se trata de ascender contra el tiempo
del mundo.
Y el rosal corpóreo de los dioses perfectos
 de nuevo encender!

Vasos intactos fuimos
un momento.
 Vamos a recuperar los umbrales
que perdimos,
 entre el viento
 de las sublimes formas
de las cuales
caímos.
Remontar
 la corriente de las normas,
sacar a luz sus primordiales
raíces,
 desandar en lo usado,
deshilar la madeja que aprisiona
este pesado
 huso incierto,

 peor que garra de leona,
y el grisáceo brial del tiempo muerto
destruir...

 E insistir en la existencia
contra el oculto Destino.

 Insistir en lo Divino,
como un ascua insepulta en la conciencia.
El gran fuego marmóreo!

¿Y aquel rosal corpóreo
de los dioses perfectos,
otra vez lucir?
No ha de ser posible
Si algún día lo usamos,
para siempre lo degradamos
con sólo vivir...

DONCELLA EN EL ALBA

A Elvira Vázquez.

Sígueme, Poeta,
—dijo la Noche.
E inclinó mi cabeza
cubriéndola con casco guerrero
de tinieblas.

A través del silencio, a través de la música,
hacia los fortuitos juegos de una fiesta
tuve que ir. En las sombras,
hasta donde danzaban jóvenes y doncellas.
Y allí cumplí la noche. Al pie del alba,
mis ojos siguieron bebiendo las frágiles ciencias
que en gestos fugaces resaltan
sabiduría eterna.

De las movedizas
doncellas,
una miré toda la noche.
La llama total en la copa. Los órficos problemas.

El ritmo circular de cuerpos y astros,
y el fuego del cielo en la flor de la tierra.

Su ley estaba allí,
ingrácida, en el centro de las carnales ruedas.

Siempre por los prados de la noche,
la música prosiguió, despierta,
hasta que el alba obligó a bajar los rosados rebaños
de su barcaza de tinieblas.
Entonces,
con vaguedad perfecta,
las armaduras diáfanas de un pájaro
ví elevarse en el cuerpo de la doncella,
entre columnas
de infinitas fuerzas.

Por fin, fatigada, más blanca que nunca,
inmóvil quedó ante las últimas estrellas.
Las miró fijamente desde el umbral en llamas.
Las miró hasta unir para siempre muerte y belleza.

¡Oh mirar de aquel rostro!
¡Oh soñar de pupila inmensal!
Beatitud de actitudes.
Oración obstinada y obediencia
entre las sombras. ¡Búsqueda
de las más firmes ciudadelas!

Ah! Como si para no morir
ni desvanecerse,
un sueño se propusiera
soñarse a sí mismo
escrito en las duras estrellas!

VENDIMIA

¿Caen los astros en la noche enorme,
como uvas ilustres por los años
y el alba los confunde entre la púrpura
y los torna invisibles?
Vendimia de los astros.

¿Caen las formas vivas en las guerras,
los réprobos inclinan estandartes,
la victoria ornamenta los escudos,
los himnos,
los metales
que brillan en las torres?
Vendimia de la sangre.

¿Caen los seres en la rueda cósmica
de los tiempos? ¿La música infinita
de los dioses se escucha, acompañando
el nacer
y el morir?
Vendimia de la Muerte y de la Vida.

¿Caen las melodías en los árboles
de estos pórticos cárdenos,
los labios de doncellas rozan lunas,
las corales del hombre van al ámbito

del cielo,
con mares,
con vientos,
con llantos,
a escribir sus destinos en los números?
Vendimia de los cánticos.

Llama líquida corre entre esmeraldas.
Y una hecatombe musical conmueve
las claves del relámpago y el mito.
Como un astro purpúreo el vino asciende.

¡Ved los hombres que hoy llegan en la tarde,
hasta aquí! Con antorchas de racimos,
con orgullos de óvalos dorados,
en orbe anticipable de embriagueces,
son heraldos
de la oscura opulencia de los frutos
que os darán la Alegría!
¡La Alegría!

Los hombres son sagrados,
se acrecientan sus hombros,
son ágiles sus saltos.
¡La Alegría!

En comunión sin límites,
mientras rompen los pámpanos
son ley de lo sublime.
Y de lo trágico.

Celebran la vendimia de la sangre.
Celebran la vendimia de los astros.
Celebran la vendimia de la Vida.
Celebran la vendimia de los cánticos.

EL EJE DORADO

El sitio del hombre en el mundo
está en el eje dorado
de la alternancia.

La alternancia
es la ley del pensamiento,
y en los sentidos
y el amor, alternan lo infernal y lo celeste.

Y en la sucesión del tiempo universal,
la alternancia
calza la sandalia del número
y brilla el ritmo,
 que eterno se hace
en las danzas y las poesías.
También brillan el conflicto, el héroe,
y los arcos triunfales.

El amor anida de tiempo en tiempo
en el corazón del hombre,
alternándose con el olvido y la sombra.

Como un pájaro nocturno
en torno a una árida roca,
vuela y se posa,

viene y se va,
y en su ritmo se enhebran las alternancias
del alba y el crepúsculo.

Así la alternancia adorna
con rosas y bronces,
la rueda del día y de la noche,
y en la otra rueda de la sangre
a pesar de su oscuro moverse,
alternan, también, bronces y rosas.

La alternancia se hace ritmo constante
en los latidos de mi corazón,
y éste en sí mismo contempla como los cuatro elementos
del Universo,
sostiénenlo entre la Vida y la Muerte:
la Primavera le trae la ligereza del Aire,
el Estío le trae las olas del Fuego,
el Otoño las gavillas del Agua
y el Invierno el respaldo final de la Tierra.

A mi lado, en el límite
de esta cíclica rueda,
siguen en todas las otras vidas
las alternancias
interminables.

LA JUSTIFICACION

A Alejandro C. Arias

Amo estas florecillas de los campos,
en donde se ha modelado
y se defiende una mísera
perfección del universo.

Aquellas gotas de rocío,
donde lo simétrico de ciertas formas,
mil veces destruídas,
gustan resplandecer sin fin alguno.

Y la brizna y la bruma,
y la intacta lluvia que apenas cae y es lodo,
y el vellón del cordero entre los cardos,
y la conformidad del ave al perecer.
Amo todo lo que es así.

Admiro
ese vivir constante
que viene a frecuentar mis sentidos,
trayéndome en cada segundo
las evidencias de la eternidad.

Lo admiro
porque despierta en mí, no el pensamiento
que ha de explicarlo todo,

sino el canto, el canto,
como una rosada ala de arena
que se hace y se deshace sin tregua

El canto,
sin destino, impulsado
por ruedas de fuego,
que va a justificarme
entre todo lo inútilmente creado.

LO DIVINO EN EL HOMBRE

A Manuel A. Claps.

En la noche
el Poeta dejó de cantar,
para intentar comprender
lo más profundo:
¿Qué es el esfuerzo del Ser por perseverar
en el Ser?

Luego se fué a meditar por el mundo.
Miró a su alrededor
y vió el esfuerzo del placer por perseverar
en el placer,
y el esfuerzo del dolor por perseverar
en el dolor.

Vió después que el esfuerzo del rocío
por perseverar en el rocío,
era el esfuerzo de la pureza
por perseverar en la Pureza.
Y que el esfuerzo de la luz del estío
por perseverar en la luz del estío,
era el esfuerzo de la belleza
por perseverar en la Belleza.

Y vió el afán del oscuro instante
por perseverar en el brillante instante,
junto a la sed de la oscura rosa
por perseverar en la durable rosa,
y el esfuerzo del pequeño abismo
por perseverar en el gran abismo
junto al orgullo del vago nombre
por perseverar en el más firme nombre.

Y al morir, el Poeta,
vió en sí mismo, como hombre,
la más trágica lucha por triunfar del terror
de su propio destino.

Recién comprendió su dolor
que el hombre
es el único ser que ha errado el camino
y reniega su suerte,
puesto que el Hombre se resiste a perseverar
en el Hombre,
y pretende alcanzar,
más allá de su esencia que es Muerte,
lo Divino,

lo Divino,
lo Divino!

PALABRA ES TINIEBLA

Poema

I. PALABRA EN EL PRINCIPIO

Al ver orbes en el cielo
himnos el hombre levanta
y une aquel nocturno vuelo
y el lenguaje que lo canta.

En apoteosis audaces
va a expresar miedo y pureza.
¡Al fin, los bronceos vivaces
en la lengua o en los labios!

¡Oh sacros laúdes recios,
desde entonces!
¡Oh grandeza,
en el habla de la carne
de los sabios
y los necios!

Adán piensa, llora, exclama.
El Nombre inicia el concierto.
El Nombre asciende y es llama
Llama y sostén de lo muerto.

2. GRANDEZA DE LA PALABRA

Verso exacto que te inclinas
bajo un viento de altos nombres.
¡Oh lámpara de grandeza
de los hombres!
Hoy sólo tú me fascinas,
¡Es ley en mí tu belleza,
palabra eterna! Tu altura,
como un rosal sin clausura
y sin pausa,
bajo su ley de dar rosas
crea orbes que, al besarme,
pulen el verso que causa
la infinidad de las cosas.

Para en la muerte alumbrarme
tu fuego labra
en el oro,
tus candelabros de ideas,
¡oh, palabra!

¡Qué unidad de llamas creas!
¡Qué tesoro
de luz se esculpe en tu urna,
cuando adornas igualmente
con ideas,
la enorme sombra nocturna
de aquel cielo y esta frente!

3. PALABRA QUE PERSISTE

Más allá de los caminos
y los pinos,
mi torre da al hontanar
y al cielo.
Yo no dejo de admirar
el vuelo
de un ave gris hacia el mar.
En la altura, la mirada
se hace grave,
pues ya es cautiva y helada
el ave,
en la piedra oscura
del poniente!

¡Oh duelo,
del ave muerta en el vuelo
más potente!

Como idea
pura
de una viva
frente
que crea,
la alígera criatura, hacia el poniente,
fugitiva
pasó. Fué a hundirse en un cielo
de hielo.
Se hizo Idea permanente.

4. EL ARCO MORTAL

Di un beso al fluir del instante,
dí un beso al fin de la ola,
y a la niebla errante y sola.
Puse noches por delante
cual rebaños.
De pie, en el ala infinita
de los años,
dí un beso al fugaz momento.
Besé la airada repulsa
que trae la hoja marchita.
Besé una flecha en un viento
que no cesa.

¡Besé el arco que la impulsa
y la agita,
y da muerte al que lo besa!

5. PALAS CONTRA EL CENTAURO

—Aquí está mi trofeo;
era un ultraje al firme Dios de mármol.
El lascivo centauro,
el elemento,
está cautivo.
Ya piensa. Y habla. El ídolo es lenguaje.

—Su frente es clara ahora,
y el cordaje de su crin es un arpa.

Eterno y vivo,
os aporto el centauro fugitivo
de ayer.
Trémulo está como un follaje.

—Ya son sus hombros
obedientes cumbres.
Si arrojé en su esplendor derrota y lauro,
mi lanza
enciende
en él verbales lumbres.
—De la inmortal palabra luz lo hiere.
—Soy Palas;
pensamientos dí al centauro.
Le dije:
¡Oh mito, el que no piensa, muere!

NOTICIA

Palas logró apoderarse del flechador, deteniéndolo cuando iba entre las peñas y pronto a irrumpir en la llanura para iniciar las carreras y los saltos crepusculares. El centauro, como una cabaña móvil de la brutalidad, bajó el cuello e inclinó los ojos, sus crines se alisaron, y en la carne nocturna y primaria, se moduló un estremecimiento suave como el resonar remoto de una gran campana. El cuerpo del animal después experimentó ondulaciones de arpa monstruosa y los ojos resplandecieron de angustia y temor y, al final, de inteligencia.

Palas, en seguida de enarbolar su gesto natural de manumisión, sin pronunciar una palabra, con un andar elástico y rápido, semejante al principio del vuelo, o con lentitud majestuosa después, luego de deslizar la mano por el lomo y la testa del inmenso animal, cuyas patas se prolongaban y confundían con el barro y las sombras del anochecer, aprisionó una hirsuta gavilla de crines, tironeó de ellas y condujo su rebelde presa hacia el templo cercano, no sin antes cruzar el ciclópeo arco del prisionero con la resplandeciente lanza.

La diosa y el centauro, entre las columnas de mármoles y oros entraron juntos en la noche y el templo. Fué así como el impulso elemental, desde los balbuceos de la vitalidad estética, se rindió ante las órdenes imperativas de la inteligencia actuante.

Tal fué la iniciación y el término rápido de la beligerancia entre Palas y el Centauro, o sea la alegoría de los conflictos de la razón y el instinto, de la inteligencia y la naturaleza, del logos y el mito: las eternas contraposiciones en los quehaceres artísticos y metafísicos, cuyas peripecias insisten en vestir la desnudez del conflicto o de la tragedia en su angustiosa creación, desenvolviéndose en el secreto de la gran máscara humana.

6. BESAR LAS FUENTES

En rocío o niebla errante,
besé cumbres, aureolas.
Besé el fuego del instante.
Las orillas
besé del viento y las olas,
y las huellas de las naves.
y las aves.
Besé muertas maravillas,
en el fluir de lo diverso.
¡Era besar de rodillas
las claves
del Universo!

7. PERMANENCIA

Heráclito vió las rosas
morir, y vió la grandeza
de un río en muerte hacia el mar.
Todo es cambio: dioses, cosas.
Mas no cambia la Belleza
que todo tiene al cambiar.

8. DONCELLAS

Hay misteriosas criaturas.
Como son luz las estrellas
son poesía esas doncellas.

Poesía en olas muy puras.
El misterio es dar con ellas.
¡Ah, las espumas humanas!
Son misterios sin ventanas
Dan vida con sólo verlas
Poesía son al oírlas.
Son nube al querer asirlas.
Y son muerte al poseerlas.

9. LA CAIDA DE LA LUZ

El menoscabo,
la degradación del Idolo,
¿nadie la puede impedir?

Entre músicas doradas
con la serpiente en la mano,
bajo nocturnas miradas,
Adán pudo distinguir
en el lodo de un pantano
altas estrellas morir.

Vió degradarse entre espejos
las hogueras.
Vió que extraviaban sus rutas
los cortejos
de cristales,
las esferas esenciales
y absolutas.
¡Ah, pudo leer

el perecer
del signo intacto y profundo
que Dios enciende en el mundo
y es la poesía del Ser!
¿La degradación del Verbo
nadie la puede impedir?
Altas estrellas morir
en el lodo de su frente,
Adán llegó a distinguir.

Un astro resplandeciente
fué sobre el lodo a lucir
como arrollada serpiente.

10. LA LLAMA ENCUBIERTA

Ciénaga. Espejo. Lenguaje.
La degradación del Idolo,
el declive, el vasallaje,
¿nadie lo puede evitar?

¿El holocausto de arder,
la belleza de pensar,
la astral ley de iluminar,
se envilecen de igual modo?

¿La ley última es caer
en la Nada?
¿Yo me habré de corromper?

¿Será mi luz degradada
en lodo?

¿Sólo podré concebir
Palabra que ha de encubrir
como ultraje,
la hoguera pura del Todo?
¿Ciénaga, espejo, lenguaje?

11. EL LIBRO EN EL MAR

No leas.
Huye a las playas más solas.
Desde los peñascos, mira.
¡Oh abismo! ¡Oh música! ¡Oh encanto!
Se extiende una inmensa lira
de olas
sobre el mar de mil mareas.
De tanto en tanto,
se oirá en las olas el llanto
de las Ideas.

12. DELICADEZA

La Belleza está en mi mismo.
Mas la Forma en lo más leve
del Tiempo, esencias proclama,
y con lo muerto se atreve.
Frente a la luz de mi abismo,

besé el subir de la llama,
besé el caer de la nieve.
La Belleza es eso mismo.

13. ESPIRITU OCULTO

¡Nunca os creí, oh realidades!
¡Se como el cielo me miente
sus beldades,
su grandeza!
¡Sé como engañan las rosas
y las fuentes!
¡La razón de la belleza
de esas cosas
está sepulta en las frentes!

14. LA GLORIA DE LOS CANTOS

¡De Dios desvié mi atención
y ví subir al momento,
de la llama de los llantos,
de la luz del corazón,
del fulgor del pensamiento,
la tiniebla de los cantos!

15. ALABANZA

¿Cantar como el hombre fuerte
que en místico se convierte?
Tan sólo alabando voy

la maravilla del hoy.
¡Llor al morir del nombre
que soy!

¿Cantar como el hombre fuerte
que en místico se convierte?
Lo actual mudable anuncio
que es lo que a Dios me encumbra.
¿El Verbo Inmóvil? Deslumbra.
Lo renuncio.
Tan sólo alabando voy
el cambio eterno que soy.

16. LLAMA EN NIEVE

Mientras tu mano se mueve
sobre el blancor que percibes,
¡qué gran misterio conmueve
tu ejercicio! Cuanto escribes
es llama que arde entre nieve.

Finos, arduos movimientos,
inician tus pensamientos.
Tu sangre es la llama oscura
que piensa: es llama caída.
Mas la página en su albura
sostiene esa llama erguida.
Llama que arde en nieve pura.
¡Para siempre allí es tu vida!

17. LA SACRA APARIENCIA

Yo, filósofo errabundo,
fui a Delfos llevando ofrendas.
Ver quise el signo profundo
del Logos, la Ley del Mundo.
Ví un lucimiento de prendas.

Nada más. ¿Y el signo exacto?
¿La luz del prodigio sumo?
¿El ascua del orbe intacto?
Solo ardían sobre el acto
los firmes templos del humo.

18. LA URNA DEL CIELO

¡Palabra del hombre fuerte
que la vida eterna anuncia
y en místico se convierte,
cuando hacia Dios se adelanta
y de esta orilla se espanta,
la renuncia
y es lámpara de la muerte?
¡Oh reino que desconcierta!
Al pie del almendro en flor
que aroma todo el alcor
no atiende esa torre alerta,
gloriosa,
sin igual,
sino agonía que glosa

la fugaz belleza suma:
espuma
de la alegría
terrenal.

¡Ah, la alegría del ser
que muere! ¡El poder mirar
sólo un día
con candor,
la luz del mundo irradiar
por doquier
y alabar el esplendor
del perecer,
bajo el cielo azul profundo,
urna del almendro en flor!

19. LA DICHA DE NOMBRAR

¿El Nombre es más que la rosa?
¡Nómbrala el mortal y es hombre
y no sombra
o cosa!

¡Nómbrala! ¡Nombra esa espuma
de la alegría!
Vuelve la rosa a nombrar
cuando esa brasa de amor
te perfuma
y de muerte se atavía,
y olvidarás el dolor

de existir y de pensar.
No hay otra sabiduría
superior.

¡Flor purpúrea escoger,
firme con la rosa ir
y en canto y júbilo unir
tu nombre
con la más variable cosa,
sin sufrir por bien saber
que no habrá más que morir
en hombre, palabra y rosa!

20. LA DEMOSTRACION

¡Ah las tinieblas del nombre!
El mismo Dios al oír
que el hombre
le demostraba
la Existencia, así pensaba:
—¡Mejor será el No—existir!

21. HABLA Y NATURALEZA

Viento y mar oyes cantar.
Ya no eleves tu canción.
Los cantos que han de quedar
para siempre, ¿cuáles son?
¿Los que canta tu pensar?
¿Los cantos del corazón?
No. Los del viento y el mar.

22. PALABRA ES TINIEBLA

Tan sólo el silencio es sacro.
La letra es mudable mito.
Palabra, ¡oh gran simulacro,
límite inmóvil de niebla!
Mejor sepa el pensamiento,
callarse ante el infinito
cuando de albores se puebla.
Hasta en el canto o el grito
habrá errores.
¿La Verdad? En lo no escrito.
La Palabra? ¡Oh, qué Tiniebla!

23. LOOR AL MITO

Loemos al Nombre creador.
La belleza del astro es deslumbrar.
La belleza del hombre es transcurrir.
La belleza del Nombre
es perdurar
sobre el amor
y el morir.

Gloria a la limpia palabra, que luce
como adorno o tiniebla, su verdad y su error.
Su inmanente poesía reproduce
en el dolor,
el trance de nuestra miseria absoluta.

Loor a su tiniebla sin alcance
y al lúcido jardín que en ella vemos.
Gloria al ídolo y a su ruta
sin fin.

La palabra es el mito más hermoso del hombre.
Le ofrecemos,
entre un frío afán de eternidades,
el trigal de los cuernos más fecundos,
lo fugaz de las lámparas festivas,
las firmes claridades,
las verdades
esquivas.

Como brasas o mundos,
sobre el mito dejamos
yacer las ideas eternas cautivas.
Aún así, no cumplimos.
Como espumas de formas reales
o grises racimos
de brumas, rodeamos
base y cumbre del nombre.
¿Qué otra cosa soñamos,
sufrimos los mortales?

Con sólo una vez pensar
sus devotos fuimos,
y a él en el puro cantar
sin dudar
nos dimos.

NOTICIA

Se trata de la potencia demiúrgica de la Palabra en la creación y el conocimiento de los dioses y las cosas, así como también de la contradictoria caída del espíritu en la caverna de los nombres. La exaltación y el elogio trágico de la Palabra, maravillan al hombre adánico intemporal por las grandezas de todo orden que ella promete, pero la criatura llega al fin a la paulatina inteligencia de que aquella herramienta, en sus simulacros con las categorías del espíritu de salvación, engendrador de bellezas, es cuando más un espejo, una ciénaga, una muy sólida tiniebla: el lenguaje. ¡Con todo, loor al mito del nombre!

E. O.

¡Alabanza!
¡Alabanza sí, al mito creador
de la vaga esperanza
de pensar o existir!
La ley del astro es deslumbrar.
La ley del hombre es transcurrir.
La ley del nombre
es perdurar
sobre el horror
del morir.

Sólo verán los siglos la grandeza
de lo escrito
en sangre, laurel, granito.
El nombre, el nombre, el nombre!
Oh tiniebla!
Nos dice su belleza,
como enigma infinito. . .
No perdurará nadie como hombre.
Sí, en el glorioso mito
de un Nombre.

LEJANIA DEL ALMA

¿Quieres conocer un alma?
¿Esa que está ahí?
Pues no es posible,
porque es lo que más se desea en el mundo.

No es posible
ir directamente hasta un alma.
Buscas un alma y te quedas en unos ojos.
Y así no podrás ir
de un alma a otra.

Más fácil es saltar hasta las lunas
o de una estrella a otra.
Para ir al alma del que quieras
hay que pasar antes por puentes,
países,
templos,
témpanos!

Para poder acercarse a un alma,
el cuerpo del otro es lo invencible.
Es la resistencia que te encadena,
el arenal sin fin.
Hay que pasar, primero, por el cuerpo
tan desecado,

antes de ir al alma que buscas conocer.
Vas hacia un alma
y la defiende la pureza de una garganta.
No existe poder humano
ni divino,
que evite el largo rodeo.
No hay prontitud suficiente tampoco.

Y pasar por el cuerpo de otro
es arriesgarse siempre.

Quedarse en el camino
puede ser lo mejor.
En él asistes a fiestas valiosas:
guirnaldas,
estatuas, conciertos, hechizos.
Y el océano.

¿Quién no conoce el océano del cuerpo?
Todo eso,
y más, hay en el otro—
cuya alma deseas conocer.
Hay que pasar por un cuerpo para ir a un alma.
Por eso muchas han dicho:
lo más sabio, es volverse.

Lo mejor es fundar un reinado en el camino.

Es lástima. Buscas un alma
y la defiende una sonrisa.
Nadie puede ir directamente
de un alma a otra alma,
ahorrándose la travesía
del cuerpo.

Siempre hay que ir a través de algo.
O por muchos cuerpos que son cristales o posadas.
Pasar por unos ojos,
por unas manos,
por una cabellera.

Lagos de transparentes olas inmóviles,
en donde se naufraga.
Fronteras que se repiten hasta el cansancio.
Reflejos en donde no te ves tú sólo,
porque el cuerpo es el cristal
en donde los que se miran
dejan siempre el contorno de sus rostros.

Es fatal.
¿Quién es capaz de eliminar el obstáculo?
¿La viviente envoltura caediza,
esa arena rosa,
carnal, cambiante,
 sublime,
 mortal,
para llegar al alma del otro?
Avanzas. ¿Avanzas?
Cada vez el alma está más lejos.
Vuélvete. Los amantes afirman
que van de alma a alma.
Mienten: es el amor, el mirar, el sufrir.
Se engañan. Mienten.
Los sabios y los santos
lo afirman también. Y mienten
jamás nadie lo ha logrado,

ni ha de lograrlo nunca.

¿Pero es que el alma del otro está muy lejos?
No. El alma del otro está muy cerca.
Pero hay que atravesar un cuerpo antes.
Muy próxima está, pero se defiende
con una bien adherida máscara,
o con iguales o distintas...

Porque no se puede ir hasta un alma.
Cuanto más avanzas en un cuerpo
el alma se va alejando de tí.

Instantes hay
en que ella se oscurece del todo.
Ah. Son los instantes
más breves y sublimes.

 ¿Los recuerdas?
Pero es cuando el alma ya ni se ve...
Ya ni se ve.
¡Casi no existe!

Mienten los que se dicen
favorecidos
por el don de conocer un alma.
Es lo que más se desea en el mundo.
Es por lo que vale la pena vivir.
Conocer un alma!
¡Nadie la ha conocido nunca!

No se pueden vencer las murallas,

los paraísos,
los arrabales del alma!
Cuando más,
te quedas extasiado en el jardín de la sangre.

Ni aunque cuentes con el auxilio de la muerte!
Esta, lo primero que hace,
es huir con el alma.
Para siempre se la lleva
como un despojo;
luego, fábricale vestuarios
con vistosas tinieblas.
¿Cómo conocerla, ahora?

No es doloroso ésto?
¿No es doloroso que nadie
pueda conocer un alma?
¿Para qué existir, entonces?

BELLEZA EN LAS FORMAS

A Alfonso Llambías de Azevedo

Noche.
El macizo titánico del Ande,
no deja de observar una por una todas las estrellas.

Estoy solo.
Oigo un torrente
frágil, aéreo, translúcido.
Lo escucho: la imagen
del caer eterno,
sostén de la Belleza.

—Soy la belleza. Caigo.
La muerte me imanta
como un licor purpúreo
que bebo en abismos.
Mírola en tu alma.
Ardo ya. ¿Eres mi vino?

—Soy la belleza. Caigo.
Mi vino es el Tiempo
Mi niebla.

Me vuelco en tu alma.
Ardo ya. ¿Eres mi estrella?

—Soy la belleza. Caigo.
Mi estrella es nieve del Ande.
Cuidola en tu alma.
Ardo ya. ¿Eres mi sangre?

—Soy la belleza. Caigo.
Mi sangre es mi antorcha.
La fijo en tu alma.
Ardo ya. ¿Eres, por fin, mi forma?

—Soy la belleza. Caigo.
La aurora allá crece.
Busco una forma única
un gran lago perfecto,
como vaso corpóreo.
La hallaré en el abismo.
Ah! Es mi muerte!

Estoy sólo en la noche.
Yo soy ese torrente
frágil, aéreo, traslúcido.

El macizo titánico del Ande,
no deja de mirar una a una todas las estrellas.
Se duerme al fin como un avaro contemplando su oro.

OTRO CANTO NOCTURNO EN EL ANDE

A Julio Paladino

Escucho en la noche,
lluvia entre los pinos.
Solo, con mi lámpara,
veo arder los mitos
del Ande, en la llama.
Guardados por símbolos,
bebo intensamente
mis imperios de olvido.

No! Vuelve a tu alma,
que en ella es tu vino!

Rompese en mis sienas
la errante tormenta.
He quedado firme
entre las tinieblas.
¿Veís sobre mis párpados
una lumbre muerta?
No! Vuelve a tu alma,
que en ella es tu estrella!

Voy por los caminos
de las tempestades.
¿Qué sueños, del antro
de mi sangre nacen?

Yo iría a escribirlos
en cimas del Ande.

Vuélvete a tu alma
que en ella es tu sangre!

Allá, por las cumbres,
se inicia la aurora.
Mortales preludios
de nieves, acordan
cristales cerúleos
de un lago. Recorta
las alas de un cóndor,
mi antorcha en las sombras.

Vuélvete a tu alma,
que en ella es tu antorcha.

Me fuí con los cóndores
al sur, en las nieves.
Crucé un lago inmenso,
mármol transparente,
y azul infinito.
Mi cuerpo en él muere?

No. Vuelve a tu alma
que en ella es tu muerte!

SABIDURIA

A Mario Silva García

Olvidé las rosas,
arrojé el vino en la arena,
y le dije al mar que callara sus coros.
La noche
encendió mi pensamiento
con la misma luz que usó para sus lámparas.

Quise explicarle al Hombre
la idea de los cantos.
Desde mi palabra,
¿para siempre?,
vi volar
la sombra de la vida
con las alas de la muerte.

Volví a tocar las rosas,
y ellas revivieron
más frescas que nunca.
Recogí el vino caído en la arena,
la cual fué generosa
como uvada de otoño.
Ordené al mar que cantara siempre coros.
La aurora
alumbró mi pensamiento
con el sobrante aceite de sus lámparas.

Quise explicarle al Hombre
la inteligencia total del poema.

Desde mi palabra,
¿para siempre?; sólo vi volar
lo más vivo de la poesía
con las alas de la muerte.

He vivido miles de años.
Mis ojos pasaron de las nubes a los libros,
de los licores a los números,
de las olas a las filosofías,
de los almendros a las parábolas,
de las mieles a los valores,
del amor
al hastío,
y al fin me dediqué a adorar
sin tregua a las Ideas,
y no al Amor!
Y sí, a la Inteligencia!
Ah, en los cánticos
que escribiera para loar lo creado y lo visto.

Y ví entonces que sólo iluminaba,
para siempre,
el rostro de la Poesía
con la lámpara de la Muerte!

LO QUE MIRO EN LA NOCHE

Lo lejano
que miro,
¿es rostro,
es lámpara,
es navío?

Flor de oro es de tiempo y no de espacio.
Tiempo y mente,
raíces son del astro
y la forma esencial que alumbra,
que huye
y encanta,
flor de fuego es del tiempo.
Siempre en el éter,
en la tierra,
todo ser que se encienda alma se vuelve.
Del tiempo ha de ser flor; no del espacio.

En el rostro del fuego,
todo lo que es corpóreo
del Tiempo se hace joya.

CONOCIMIENTO DE AMOR

A Esther de Cáceres

¿Cuáles pueden ser
los pretendidos
conocimientos puros de amor?

Fuera de la Inteligencia no hay saber posible.
Llamóla el griego: medida de lo que existe.
¡No hay conocimientos puros de amor!

En la noche, el poeta,
hablaba con la parte más antigua
de su alma,
frente a un estanque,
en un jardín.

—Mira, díjole, el agua de ese estanque.
Está llena de orbes.
Son las más vagas copias
de los originales errantes allá arriba.
Y se valió del símil para aclararle
allí el acto
del conocimiento,
como una copia,
o una perfecta armonía,
entre espíritu y cosas,
entre el pensar y el ser.

Cuando él hubo terminado,
su alma antigua díjole:

—¡Toda esa gran ciencia
no es la única!
Hay intuiciones puras de Amor!
Mira aquel cielo ahora
y no contemples otra cosa terrestre
fuera de él. Aquel cielo
se te aparecerá como un tenebroso lago
invertido.

¿Flotan en él los más ardientes mundos?
No. Estos son vagos reflejos,
copias espléndidas
de otros astros.

¡Hay conocimientos puros de amor!

—Sí. Pero ¿dónde estarían
los verdaderos modelos, entonces?

—Ah, lograr conocer los arquetipos!

Deja tu Inteligencia;
medida de lo aparente llamóla el Griego.

¿Quiéres saber cuáles serían
los conocimientos puros?
Son aquellos, por ejemplo,
que yo sola sé que existen
cuando tú hablas

Te escucho, y comprendo
con certeza infinita,
más allá de tus frases,
de que arquetipos inmutables
provienen tus palabras,

de qué invisibles perfecciones vuelven,
de qué ideas puras son las sombras!

Igual conocimiento de amor,
me asegura la existencia
de los astros auténticos,
 las palabras eternas!

En el agua del cielo mal escritas,
nada más que sus copias
logras ver por la noche.

MEJOR SERIA...

A Ismael San Miguel

Mejor sería que no volvieran los Dioses.

Para qué? Tenemos las palabras,
las ideas, los sueños,
los acontecimientos...
Los menesterosos Dioses y sus antiguas
historias, volverían a importunarnos,
como una caravana de mendigos.
Nos pedirían de nuevo ofrendas,
holocaustos,

 palmas, y vinos, y toros,
y plegarias,
 entre el mal humor que los enaltece.

Más bella es la vanidad de la fogata de un niño,
el vaho de los pinos en las montañas,
que el cántaro y las plegarias en el túmulo
de los Dioses.

¿Para qué desear que vuelvan?
¿Temor? ¿Admiración?

 No; más bien, lástima.
Pero temed siempre a los Dioses
cuando se anuncien.

 Son los déspotas mendigos
que acechan tus alegrías,

tus felices tinieblas,
para abrumarte con lo eterno que los nutre.

Los Dioses envidian tu fugacidad,
tu morir entre risas,
la flor que deshojas y que no pueden jamás
reconstruir,
la poesía

que se levanta de tu sombra y los oculta,
y el beso que das
y los aleja sin cesar de tí.

¿Temes por tu belleza y tu sonrisa?

Las verás
en los rostros de los dioses,
si retornan,
pero fijadas en marmóreas máscaras.

Mejor es que no vuelvan jamás los Dioses.
Sus formas perfectas al fin son como cadenas.
Sus acciones fantásticas son crueles alardes.
Más vale

que el don de ver a los Dioses
la poesía del perecer sin cesar,
los peligros del ser,
el morir de las uvas y los ojos,
los paraísos de la memoria
y el Cuerpo,
que es tu esencia
y la hoguera que se ha abierto en tu carne.

Es más alegre el fuego que los Dioses.
La más humilde forma
de la naturaleza,

por el hecho de morir
es más digna de ofrenda que los Dioses.
Hay que tener el valor de romper la máquina
que en nosotros
los hace volver.

¿Para qué invocarlos
si con sólo amar
podemos ser los amos del instante,
del Tiempo y el Existir?

¿Para qué necesitamos de los Dioses,
si somos existentes: más que ellos,
los monarcas

de esta vida que nunca les pedimos
y que nos la dieron
otros hombres
iguales a nosotros?

LOS CONDORES CIEGOS

A Freda Kirschwey.

Los hombres son enigmas;
son enigmas inmensos.
Iba yo por los Andes
y en metálicos vuelos
crucé la cordillera.
Junto a unos riscos negros
ví un grupo de indios
con tres cóndores ciegos.
Nada más que despojos
de mayores imperios.

Yo volé en las montañas
sobre las cumbres de ellos,
todo el día en la máquina,
sólo asido al silencio.

Y en purpúreo holocausto
pude ver el misterio.
Enceguecían cóndores
los atletas perfectos.
Supe que los cazaban
dando grandes rodeos
y después les hundían

en los ojos los hierros.
Y ya en tierra los ídolos
quedaban en silencio
las sombras, espantadas
de aquel drama tremendo.

Pájaros como enigmas:
en círculos inmensos.
Pude oír con zozobra
su gigante aleteo.
De los Andes bajábanlos
y los lanzaban ciegos
al azul, al gran éter...
Los recogían muertos.

Percibí bien los cóndores
uno a uno ascendiendo;
al sol un aletazo,
al infinito un beso.
Y a mis pies los relámpagos
de plumones deshechos.
Testas de lunas rotas
con alas de tres metros
y púrpura en las plumas
y en el ojo desprecios.
¡La humillante grandeza
para qué, de esos juegos?
El hombre es cruel enigma;
y no fuerte ni bello.
Llevaré a las estrellas
el dolor de ese encuentro.

Mocetones verdugos
los cóndores trayendo;
les quemaban los ojos
con encendidos hierros.
Daban muerte a sus pájaros,
de dioses mensajeros.
Y todo bajo el humo
de indecisos incendios
y un fondo de montaña,
vago altar ceniciento.

Enigmas son los hombres,
más crueles que bellos.

¿Por qué en cumbres que aguardan
pensamientos eternos,
se apoderan de cóndores
y tras de enceguecerlos,
los arrojan al ámbito
de huracanados vientos,
y se quedan mirándolos
precipitarse al suelo
como si fueran Idolos,
Esperanzas e Imperios?

Si así ha de ser siempre,
Dios se ha olvidado de ellos.

Los indios, con las aves
sobre el hombro se fueron.
Más fuerte que en los cóndores

la tiniebla era en ellos.

Pasé noches enteras
pensando este misterio.

NOTICIA

En el trayecto que va sobre los Andes y permite ver los macizos más imponentes de esas montañas, pude gozar una tarde del invierno sur de 1942, la alegría de percibir algunos cóndores que se entrecruzaban con nuestra máquina, en lentos y largos vuelos. Nunca había podido admirarlos tan de cerca, en la plenitud de su existir a través de la diafanidad de sus habituales esferas y ámbitos. Pero esta emoción fué después superada por otra, más grave, profunda y sombría. Por circunstancias incomprensibles, en una peligrosa incidencia del avión tuvimos que detenernos en un campo no previsto y allí experimenté la oportunidad de contemplar la ceremonia que trato en el poema. Los nativos, algo desconcertados por nuestra presencia, nos ofrecieron las escenas de que tanto había yo oído hablar y que asombran a los viajeros: enceguecer cóndores, hacerlos volar y después asistir al drama en que el ave asciende verticalmente, golpea contra el metal del aire enrarecido y luego se desploma destrozándose entre los peñascos.

A D A N

(Misterio)

Creí anoche al soñar,
que no era yo quien dormía.
Que Adán en mi ser vivía
y el mundo iba a explicar.
Pronto Adán se puso a hablar:
"Cuando Dios me hizo el dueño
de mi espíritu, fuí entrando
a un soñar que iba creando.
De ahí el Mundo: es mi sueño.
No existe. Lo estoy soñando".

2

"Dios tomó esta arena oscura,
fijó la mano en mi frente,
y ví un rosal transparente
subir de mi noche impura.
¡Soñar! ¡Crear! ¡Oh hermosura!
Fines y planes. Presencias
de luz, en formas: las ciencias
del existir se aclararon.
Ah! — Los objetos brillaron
su ley, que es ley de apariencias".

3

Canto, historia o fabular,
Adán prosiguió su cuento.
"El mundo es un pensamiento
que Dios me hace soñar.
En mí el enigma ha de estar
del hombre de hoy y el que ha sido.
En mi fábula han crecido
los astros, con vida y muerte.
¿Qué habrá cuando Adán despierte?
Un gran sueño concluído".

4

"No existes. — Te estoy soñando.
El universo es un mito
adánico, un sueño escrito
que nubes te irán narrando.
Mi ensoñar fué renovando
las ascuas de tu creencia.
Yo bien sé que la experiencia
de Dios, me ha hecho soñar
un mundo que he de crear
lo que dure mi existencia".

5

"No existes. — Sólo son sumas
de sueños leales formas.
Y son máscaras las normas
y el orbe, esfera de brumas.
Tan sólo oprimes espumas

de un sueño uránico urdido.
Y cuando el mundo, abolido,
cae en tinieblas deshecho,
yo, Adán, te salvo de olvido,
desde el soñar de tu pecho".

6

"Soñé las cosas. Montañas
con orlas, torres y ríos.
Mis ojos dieron estíos
que hoy son grandezas extrañas.
Las cohortes de alimañas
soñé, y sus lámparas vivas,
las águilas pensativas,
los mares con verdes coros,
y albas de rosados toros
llevando estrellas cautivas".

7

"Soñé la Belleza. ¡Oh claves
que se ocultan en la arcilla,
y en la estrella si acaudilla
sus huestes de oros y aves!
Soñé cisnes, y altas naves
de la luna, y la luz nueva
que del rosal de Dios nieva
y enciende en rubor la albura.
Al soñar toda hermosura
soñaba el rostro de Eva".

8

"Y soñé Muerte. La hoguera
que va a oprobios de ceniza,
y el hielo que inmoviliza
vinos de alondra y pantera.
Sangre de Abel reverbera
sobre mi rostro caída.
Y el ave al morir herida,
y el silbo de la serpiente,
hunden enigma en mi frente,
más que el soñar de mi Vida".

9

Ah, lo creado, ¡qué mito!
—pensé yo. — Preludio enorme
que Adán va urdiendo, conforme
su sueño es sacro o maldito!
¿Por qué en discurso infinito
postular las realidades?
¿Días, noches, son verdades?
¿Qué creer de ellos y ellas?
Dónde halló Adán claridades
para soñar las estrellas?

10

¡Noche es verdad! ¡Libro abierto!
Exacto el mundo y distinto
¡Hoy sueño en un laberinto
que es mi naufragio y mi puerto.
Antigua voz: ¿qué concierto

preludias desde el pasado
sobre el plan de un Dios soñado?
¡Fugaz la noche o divina:
desde hoy es soñar dorado
de Adán, que nunca termina!

11

Ya al alba, llegué a creer
que yo a mi vez despertara.
Si Adán en mí no soñara
el mundo irá a perecer.
—No caes en el no-ser
gritó Adán. Porque el Amor
dió a mi espíritu el rigor
de soñar sueños sin muerte.
¡La ley del soñar creador
es que Adán nunca despierte!

NOTICIA

El mundo, con toda la humanidad, sería un sueño de Adán. Dios, al crear al primer hombre, deslizó la mano sobre la frente de este barro y Adán empezó a soñar.

Todo lo que sucedió después: la infinita serie de sufrimientos, naciones, hechos, cosas.

El mundo es el sueño del primer hombre, somos partículas o actores en el desarrollo de ese sueño y nada más. Cuando Adán despierte, todo se desvanecerá y no seremos más, puesto que nunca hemos sido.

"Teoría del Nous".

EL ESPEJO DEL SER

(La Belleza es el espejo del Ser)

A José Pedro Díaz

I

Varias veces reimpresos,
los destinos humanos,
reproducen sus modelos
antiguos,
los fracasos de sus vuelos,
hasta poblar de estatuas
los caminos.

Y también los rosales,
peregrinos del tiempo,
le repiten a los cielos
sus torres de perfumes,
sus desvelos y arrobos,
tan fugaces como finos.

Los seres reconstruyen
mil adornos,
aunque nunca retorne
lo cantado.

Las estrellas
repiten su pureza.

Las nubes
se fatigan en contornos.
¿Hay algo que eso copie?
En lo creado
sólo un espejo hay, y es la Belleza!

II

Mi rostro contemplado
en el espejo,
es el mismo
que estudio en las doctrinas.
Un lento halcón me arrastra
hacia las ruinas
y en cada ciencia
transparencias deajo.

La estrella
que me surca el entrecejo,
es tesoro después
en hondas minas,
y en el cristal del Ser
o en sus neblinas
ella alarga mi sombra,
si me alejo.

Si me alejo en el tiempo
o en la altura,
que es lo mismo.
Conservo la armadura
de un espejo sepulto
entre mis venas.

La muerte
esta verdad deja en mi labio,
cuando el tiempo
construye como un sabio
mi estatua,
con el huir de las arenas.

III

Mi nave
movediza al fin culmina
su afán. Muere en su ley.
Es puro acaso.
El tiempo sobre el mar
señala el paso
de mi existir.

Su órbita ilumina

sin cesar la creación.

La red divina
que viene a unir aurora con ocaso,
un espejo de luz
deja en mi vaso
mientras mi rostro
hacia el no-ser
se inclina

¿Y el movimiento?

Crece un orbe infausto
y a su amparo el vivir es holocausto.

Pero el yo,
con su lámpara habitable

sobre el espejo
que la luz me entrega,
mueve las aguas
que el azar
congrega.

Viene a construirme el gran navío estable.

IV

Aquí está el gran espejo que inventaron
los filósofos.

Cubre el alto muro.

Mi sombra

crece en el espejo impuro.

En mi cabeza gris
ya estrellas aran.

Mis sentidos
reunen y separan las aguas
que se mezclan sin apuro.
Lo que existió,
el presente y el futuro,
vuelven a ser lenguaje:
poco aclaran.

El arrabal de nubes
que enaltece mi espejo,
con los siglos brilla

y crece.

¿Por qué esfera del canto?

¿Por qué un juego de muerte
o nacimiento?

¿Por qué instante?

Siempre existe el enigma:
está delante

de mi paso
o me habita como un fuego.

V

¿Habrá espejos del Ser?

¿Son reales?

Fingen precisas formas,
como temas de un libro permanente,
los teoremas del soñar.
Los sentidos son cristales.

Nada más.

Son cristales personales,
y en ellos,
desde adentro, mil problemas
crecen.
En el espacio hay sólo esquemas.
Los espejos eternos son mentales.

Las formas bellas lucen
el tejido del hondo pensamiento.
No hay Belleza

sin un ser

que la piense en acto puro.

Pero ese Ser ¿Quién es?

¿Este que es ido apenas habla?

¿Aquél que en la pureza existe?

¡Oh Rey del laberinto oscuro!

NOTICIA

En el poema "**El Espejo del Ser**", se intenta renovar un drama infatigable: el propósito de intuir la naturaleza de lo bello en el hecho de su coincidencia con el existir humano, a través de situaciones poéticas vividas, en donde el yo se enfrenta con rasgos del mundo real y tenaces peripecias de la oculta fortaleza del hombre.

El soneto V, en sus tercetos finales, logra concentrar la dramaticidad del asunto cantado, eludido y experimentado en los cuatro sonetos anteriores.

La tesis fundamental es sibilina.

La Belleza es el espejo del Ser, parecería evocar una sentencia de Heráclito. Sin embargo, ella no es otra cosa que una interpretación final que resume un largo peregrinaje del poeta a través de sí mismo, de las doctrinas y del mundo. **Hay un solo espejo en el universo, es el de la Belleza (Soneto I). Si copia algo, lo crea del todo al copiarlo, porque lo reproduce en la**

natural desnudez de su ser. Antes, en el Universo, la cosa era sólo una apariencia. Al ser llevada al espejo, aunque sea un instante, se hace eterna, es decir, se convierte en un ente estético en sí, se convierte en su Idea.

También el poema parece indicar que la fuente de la belleza está sólo en donde el pensamiento existe (Soneto V). Está en el navío estable (Soneto III), que se forma por una disposición de las aguas, está en el inmutable yo, rodeado por las contingencias (Soneto II). Y está en el espejo con sus estructuras mentales:

Los espejos eternos son mentales. O talvez la Belleza está en el Ser, que vive eternamente en la pureza (Soneto V), el Theos de las Estéticas y Teologías metafísicas: **¡Oh Rey del laberinto oscuro!**

CANTO CONTINENTAL

A Federico de Onís

I. ENDIOSAR CRIATURAS

Junto al umbral de los signos dorados,
vuelo sobre las Atlántidas.

Desde el ángulo de oro
de esta torre móvil sin visibles escalinatas,
miro sobre los Andes: entre soles, nieves, abismos,
vacíos pedestales. Héroe, no nieblas, aguardan.

Las últimas brumas del austro
me acogen con sus fórmulas dinámicas.
Y el pensar urge otros signos. Urge evidencias
y hallazgos perfectos. No ornamentos de fábulas.

Contemplo, en lo alto, luces de mares remotos.
En copos de niebla, disueltas últimas uvas oceánicas.
La alta nube, a los cambios responde
con plenitud de ánfora.

Busco las claridades exactas de los deslumbramientos.
Busco un ámbito de titánicas plegarias.
Busco una belleza asistida de poderes demiúrgicos.
Busco esos signos en las criaturas: quiero endiosarlas.

II. BELLEZA DE LAS IDEAS

En este avión de metales, números y brillos,
asisto sin miedo al hilar de las parcas.
Algunos cóndores se acercan
y confirman que vuelo sobre las Atlántidas.

¿Qué somos? Muchedumbres
de tez cobriza, allá abajo, en militancias,
con pequeño paso tímido, por ruinas y rutinas
van, donde no hay dioses ni estatuas.

Sistemas de ríos y selvas,
vienen a cubrir desnudeces de almas.
Veo ciudades, en donde en rápidos brillos,
apogeos de antiguas culturas transplantan.

¡Oh, selva material de lo fortuito!
Huíd, catedrales políticas de las nadas,
El júbilo de la hélice me da el plan de la música órfica.
¿Y el Nous? Ah lo ocultan lontananzas!

Se iluminan convivios de apariencias.
Emporios, gamonales, arrogancias.
Pero no hay labios de dioses en los comensales.
¡Las Ideas y la abismal belleza les faltan!

III. LA ISLA DE BRONCE

En cráteres extintos, celébranse hecatombes.
El fuego profético allí falta.
El fuego, que al espíritu desencadena de lo muerto,
y junto al titán y la rosa sin tregua batalla.

¿Qué somos? No se vislumbran
más que hipótesis. No las órbitas escavadas
de filósofo o místico.
Ni el genial paladín que modele estos Andes
según las dimensiones de su alma.

¡Sí, el fúnebre coro
de las esfinges problemáticas!

El avión hace eludir tránsitos por la materia.
Ya oigo expresarse las rocas heladas
de mi frente. Como en los fuertes mitos
cubren al avión angélicas escarchas.

Creí vislumbrar, lejos, la isla de bronce
de las movedizas parábolas.

¿Daré a estos hombres estructuras poéticas,
en donde sólo el pensamiento canta?

¿Qué somos? Un prólogo. Un continente violable.
Mercaderes en las ágoras.
Profetas con ingrátidos símbolos,
auguran sátrapas.

IV. EL ZAFIRO CIRCUNDANTE

Selvas de perpetuados verdes
suben a clausurar tránsitos de montañas.
Fortalezas de oleajes sólidos:
hoja y lluvia sustantivan máscaras.

¡Oh, gran zafiro circundante! Lejos de tí, en los abismos,
destellos de ecuménicas razas,
entre turbios pensares, se defienden,
oh azul, contra tus certidumbres mágicas!

¡Oh vuelo, manantial de lo sublime!
Otro cisne habita un número con alas.
Espera contactos ardientes de formas perfectas
para enarbolar el cuello entre ráfagas.

Graves interrogantes le plantean
los destinos. Ve apoteosis de distancias,
por donde aún no alumbran cónclaves
de seres puros. Sí, cumbres trágicas.

Miro un continente entre sombras;
hacia el istmo se adelgaza.
Con balbuceos allí siguen endiosándose
ídolos entre savias.

V. EL PENSAMIENTO ES LLAMA

Vuelo. Cielo. Pierdo las referencias.

¿Soy tiempo? ¿Espacio? Plegarias, alabanzas
de azul infinito. Estoy inmóvil. Me desplazo.
En mi instante la eternidad se estanca.

El sol muere. Viene la identidad irreemplazable,
pero más allá de órbitas e instancias
algo va a iniciarse. Sobre Ande, trópico, océano,
hecatombe enigmática.

¿Qué somos? No se vislumbran
más que hipótesis. ¿Dónde, órbitas escavadas
de filósofo o místico?

¿Por qué las iras proféticas
de estas nieves que miro y son montañas,
no gritan desde las cumbres
a las formas bárbaras?
¡Libertáos! ¡Pensad! ¡Encendéos!
¡El Pensamiento es llama!

VI. FRENTE HERIDA DE NUBES

¡Oh gran zafiro circundante!
Cuando me suspendo en tus atmósferas altas
de la tierra sube a mí el fúnebre coro
de las esfinges problemáticas.

¿Seremos, por primera vez en los tiempos,
de un Dios la obra perfecta que fracasa?

¿Dónde el otro Bolívar demiurgo que modele
de nuevo estos Andes según las dimensiones del alma?

No hallé claridades exactas de deslumbramientos.
No hallé ámbitos de titánicas plegarias.
No hallé belleza asistida de poderes demiúrgicos.
No hallé en las criaturas esos signos, y quise
[endiosarlas!

Alta atmósfera. Me afirmo en últimos cristales.
Me acerco al umbral de las muertas doradas.
¿Qué somos? Lo dicho. La frente herida de nubes,
lloraré mi Atlántida.

Panamá, 1942.

Montevideo, 1944.

INDICE

| | PAGS. |
|--------------------------------------|--------------|
| LAS LIRAS DE LA LAMPARA | 5 |
| VOLVER AL ARQUETIPO | 8 |
| POEMA DEL REINO | 10 |
| ¿CUAL ES? | 13 |
| LA ESFERA DEL CANTO | 16 |
| LA CREACION EXPLICADA | 26 |
| LO DIVINO ES DE TIERRA | 27 |
| EL QUE NO OLVIDA | 31 |
| EL POEMA DEL IDOLO | 32 |
| EL RETORNO DE LA OLA | 35 |
| DONCELLA EN EL ALBA | 38 |
| VENDIMIA | 40 |
| EL EJE DORADO | 43 |
| LA JUSTIFICACION | 45 |
| LO DIVINO EN EL HOMBRE | 47 |
| PALABRA ES TINIEBLA | 49 |
| LEJANIA DEL ALMA | 68 |
| BELLEZA EN LAS FORMAS | 73 |
| OTRO CANTO NOCTURNO EN EL ANDE | 75 |
| SABIDURIA | 77 |
| LO QUE MIRO EN LA NOCHE | 79 |
| CONOCIMIENTO DE AMOR | 80 |
| MEJOR SERIA | 83 |
| LOS CONDORES CIEGOS | 86 |
| ADAN | 90 |
| EL ESPEJO DEL SER | 95 |
| CANTO CONTINENTAL | 102 |

*Se acabó
de imprimir este libro
en los
Establ. Gráf. Centenario - Augusta,
de Montevideo,
el 17 de Enero de 1948.*